



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 18784

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extran-
jera: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.^o
y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

MIÉRCOLES 22 DE JUNIO DE 1904

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París A. Lorette, rue Caumartin
16; y J. Jones, Fauburg-Montmartre, 31.

SOCIEDAD PROGRESIVA

CARTAGENA

BANCA —CAMBIOS.—DESCUENTOS.—

VALORES PÚBLICOS.—CUENTAS CORRIENTES

CAJA DE AHORROS

Con 5 O/O de interés anual

Plaza de Castellini, hoy Mariano Sanz, 10, bajo.

No ha de convencerse

Dice el «Diario de San Fernan-
do», que el señor Maura parece
que ha dicho a los Diputados de
aquella circunscripción, que firme
en sus proyectos y en sus ideas
no habrá fuerza humana capaz de
convencerle para que aconseje al
ministro de Marina modique en
todo ó en parte sus proyectos de
organización de servicios y que le
tiene completamente sin cuidado
lo que se diga y haga para hacer-
le variar de ese criterio suyo.

Verdadera importancia tiene pa-
ra Cartagena conocer la actitud
del señor Maura, de cuya voluntad
exclusiva depende la ruina ó el
bienestar de este pueblo.

Meditando el alcance de las pa-
labras que se supone dichas por
el señor Maura, no podemos por
menos de lamentarlas y hacer
comparaciones entre la fiereza con
que se trata a esta población y la
bondad con que se ha mirado al
pueblo catalán; y sacamos la con-
secuencia de que falta algo muy
esencial para que adquiera la de-
bida cimentación el crédito que se
adjudica a un hombre de Estado
que antes de escuchar los razona-
mientos que se le hagan, anuncia
que han de ser rechazados por que
no ha de dejarse convencer ante
ningún argumento por muy justo
y razonado que sea.

Nada puede importar al señor
Maura lo que aquí hagamos y di-
gamos, por que tiene la seguridad
de que Cartagena no ha de hacer
ninguna cosa incorrecta. Pero a
tal extremo puede llegar la deses-
peración, que sin ponerse fuera de
la legalidad realice actos que preo-
cupen al Gobierno.

En defensa de los intereses de
la maestranza de este Arsenal he-
mos de quemar hasta el último
cabo, porque se trata también
de los intereses de Cartagena, ame-
nazada de muerte con las desdi-
chadas reformas del ministro de
Marina.

Por eso es necesario y conve-
niente que se hable claro y sepa-
mos todos la marcha de una cues-
tión que tanto nos interesa y preo-
cupa, para adoptar las medidas que
exija la defensa de tan sagrados
intereses.

Tenga la seguridad nuestra
maestranza, que la prensa de Car-
tagena sabrá cumplir con sus de-
beres, llegando hasta donde sea

preciso para defender sus intere-
ses que son también los de esta
ciudad, digna de mejor suerte, que
ha vivido siempre en el mayor
desamparo, sin que los llamados a
¡Quiera el cielo que la Comisión
que gestiona en Madrid la solución
del asunto que tanto nos afecta,
pueda convencer al señor Maura
a que deponga su tenacidad y nos
baga justicia!

TIJERETAZOS

Leemos:

«El señor Zorita, molesto con el go-
bierno por no sabemos qué cuestiones re-
lativas a la representación que en su distri-
to ostenta, ha escrito una carta al señor
Romero Robledo anunciándole que desde
hoy pedirá que se cuente el número de di-
putados para celebrar sesión».

Así anda la política en nuestro país.

Pendiente de que cualquier Zorita se
disguste con un ministro y pida que se
cumpla el reglamento.

De modo que si los ministros quitan el
disgusto a Zorita, no hay inconveniente
en que se falte a la ley por que se rige la
Cámara, celebrando sesiones con cuatro di-
putados.

¡Cuando digo que te adoro!

Dicen de Madrid que es muy comentada
la frase de Moret relativa a que combatirá
al gobierno con toda energía cuando llegue
el otoño.

Sin duda no lo combate ahora por el
mucho calor.

Villaverde se ha expresado en el mismo
sentido. Cuando llegue el otoño entrará en
línea y atacará de firme.

Es lo que dirá el aspirante a regenera-
dor de la peseta:

—Con el calor que nos envía Febo y con
el que hay que poner en la palabra para
discutir, hay peligro de convertirse en
caldo.

Y deja el asunto para cuando haga frío.

Mientras, que siga el franco mordiéndolo
en la peseta, dejándola más chica a cada
instante.

¡Ya está que casi no se ve!...

Leemos:

«Se ha autorizado la comunicación tele-
gráfica y telefónica en los diversos idiomas
y dialectos que se hablan en España».

¿En caló también?

Dice un periódico:

«En el Congreso ha vuelto a ponerse
sobre el tapete el problema de los cam-
bios».

De eso se ocupan todos los diputados, si
bien bajo aspectos distintos.

Unos persiguen el cambio de política.

Otros desean que cambien los minis-
tros.

Hay quien estudia el modo de cambiar
de postura sin dar que decir.

Y los más esperan que se dé el cerroja-

zo, para cambiar de domicilio yéndose a
las playas en busca de fresco.

Hasta Villaverde, que en tiempo fué
partidario ferviente de solucionar ese pro-

blema, está esperando que suene la llave
en la puerta, para echar a correr exclamando:

—Aquí sobra uno.

O'DONNELL

DEL NUEVO LIBRO DE PEREZ GALDÓS

Guillermo de Aransia, marqués de Loar-
re por sucesión directa, Conde de Sámanes
y de Perpellá por su parte en la herencia
de San Salomé, era un joven de excelentes
prendas: corazón bueno, inteligencia viva;
¡ay! que se hallaban en él ahogadas ó com-
primidas debajo del avasallador prurito de
elegancia.

Resplandor de la belleza es la elegancia,
y como tal, no puede negarse la casta di-
vina; pero cuando al puro fin de elegancia
se subordina toda la existencia, alma, vo-
luntad, cuerpo, pensamientos, sobreviene
una deformación del ser, horrible y lastimo-
sa, aunque en apariencia, no caiga dentro
del aspecto de la fealdad.

Dotado de atractivos, hermosa figura,
palabra fácil y seductora, no vivía más que
para agregar a su persona todos los orna-
mentos y toda la exterioridad que había de
darle brillo y supremacía evidentes entre
los individuos de su clase. Exaltado su amor
propio, no reparaba en medios para obte-
ner tal supremacía y hacerla indiscutible;
sus trajes habían de ser los más notorios
por el sello de la personalidad, siguiendo la
moda con el precepto sutil de acatarla sin
parecerse a los que elegamente la seguían.
Había de ser lo suyo distinto de lo general,
sin disonancia, ó con sólo una disonancia
que, por muy discreta, llevaba en sí la de-
seada y siempre perseguida superioridad.
Se preciaba, ó de inventar algo en el arte
de vestir, ó de ser el primero que importa-
se de los talleres parisienses las formas
nuevas, cuidando de presentarlas modifica-
das por su gusto propio antes que el uso de
los demás las generalizara.

En todo, esto para que resultase verda-
dera elegancia, la naturalidad sin estudio
alejaba toda sombra de afectación. A estos
primores del vestir seguían los del andar en
coche.

Muy santo y muy bueno, legítimo a to-
das luces, es que no salgan a pie los ricos,
y que gasten coche para su comodidad, de-
coro y recreo; pero que se pasen el día
ostentando formas y estilos nuevos de ca-
rujes, guiñándolos con más trabajo de co-
cheros que descanso de señores, es un ex-
tremo de vanidad rayano en la tontería.
El elegante toma con esto un carácter pro-
fisional; siente sobre sí la mirada crítica y
exigente del público; ha de divertirse antes
que divertirse; los bonitos caballos de tiro
y de silla pregonan su riqueza y buen gu-
sto, y al fin se estima y alaba más la gallar-
día de sus bestias que la suya propia.

Naturalmente, las vanidades del orden
suntuario iban a reunirse y coronarse en
la vanidad amorosa.

Aransia llegó a creer que uno de los prin-
cipales fines de la humanidad era que se
prendasen de él todas las mujeres hermo-
sas que en Madrid había.

Lo consideraba en ellas como un cumpli-
miento de las leyes de su destino. Con to-
das entraba, alcurniadas y plebeyas, más
afortunado tal vez en las zonas altas que en
las medias de la sociedad, por venir esta
corrupción de arriba para abajo, cosa en
verdad que no es nueva en la historia de
los pueblos.

Imposible referir todas las proezas de
amor con que ilustró su juventud el mar-
qués de Loarre, y sobre difícil, la estadís-
tica sería poco interesante, por carecer es-
tas aventuras, en el prosaico siglo XIX, de
la poesía erótica y caballeresca que en eda-

dades de más duras costumbres tuvieron.
La tolerancia de hecho encubierta con la
gambuñería pública, la flexibilidad moral y
el culto frío y de pura fórmula que la vir-
tud, recibía, quitaban toda intensidad dra-
mática a las transgresiones de la ley. Sa-
lian de los palacios estas historias, sin que
al pasar de la realidad a las lenguas, mo-
vieron ruidosamente la opinión, ni escan-
dalizaran en grado más alto que el común
de los sucesos privados y públicos. Como
los pronunciamientos y motines, como las
revoluciones a tiros ó a discursos por ga-
nar el poder, estas inmundicias del mun-
do heráldico iban tomando carácter crónico
que apenas turbaba la paz de las concien-
cias amodorradas.

Si en los amores de la garbosa vanidad,
y en otros de pasional demencia, se iba de-
jando Aransia vellones de su fortuna, el ve-
llón más grande lo perdió con la marquesa
de Monteorgaz, dama en extremo dispen-
diosa, con menguada riqueza por su casa.
Era un zarzal con tantas púas que el mar-
qués de Loarre perdió en él toda su lana.
Los estados de Sámanes y Perpellá queda-
ron como si dijéramos desnudos, en fuerza
de hipoteca.

No era en total la fortuna de Guillermo
de las más altas de la grandeza: podía con
ella vivir holgada y noblemente, sujetándo-
se a un orden estrecho de administración.
Pero con la vida que llevaba quedaría todo
el caudal liquidado en media docena de
años.

Tarde vio el «ción» el abismo en que ha-
bía de caer, pero aún podía salvar una par-
te del haber patrimonial si se plantaba en
él y ponía un freno a sus desórdenes. Sobre
esto le habló con cariñosa severidad un día
su amigo Beramendi: tan instructivo fué el
sermón, exégesis de aquella sociedad y de
otras más próximas a la nuestra, que la
Historia se dignó traerlo acá y hacerlo su-
yo.

«Estás arruinado, Guillermo, y sólo tra-
zando una raya muy gorda en tu vida con
propósito de cambiar ésta radicalmente,
podrás salvar lo preciso para vivir con de-
cencia, sin locuras».

Dices que aún cuentas con la herencia de
tu tío el Marqués de Bonavente, y con ese
monte de la sierra de Guara, que denuncia-
do ya como terreno carbonífero, puede ser
para tí un monte de oro. No te fies, Gui-
llermo: tu tío puede cambiar de propósito,
si llega a enterarse de los humos que gas-
tas, y en el monte no pongas tus esperan-
zas: una vez entre mil dejan de salir falli-
das las ilusiones de los mineros. Déjate,
pues, de montes de oro y de tios de plata,
y hazte cargo de la realidad, y oye bien lo
que voy a decirte, que es duro, muy duro,
pero saludable. Por algo soy el amigo que
más te quiere.

La vida que vienes haciendo del 50 acá,
es enteramente estúpida: tu conducta es la
de un idiota.

Imbecilidad para es tu vida, y así la lla-
mo pensando que todavía no la califico tan
severamente como merece. Y voy más allá,
Guillermo: sostengo que no hay derecho a
vivir así.

Se dice que cada cual hace de su dinero,
de su tiempo y de su salud lo que quiere; y
yo afirmo que eso no puede ser. En el di-
nero, en el tiempo y en la salud de cada
persona hay una parte que pertenece al
conjunto, y al conjunto no podemos escati-
marla...

Una parte de nosotros no es nuestra, ó
de la totalidad, y a la totalidad hay que
darla. ¿Qué? ¿Te asombras? ¿No entiendes
lo que digo? Pues lo repito, y añado que
están por hacer las leyes que determinen
esa parte de nosotros mismos perteneciente
al acervo común, y que ordenen la forma y
manera de que los demás, todos, le quiten
a cada cual esa partida que indebidamente
retiene.

Las leyes que faltan se harán: ni tú ni
yo lo veremos; pero creo que se harán... Y
mientras las leyes vienen, debemos antici-
par su cumplimiento con algo que se pa-
rezca a la ley nonnata. Tó, Guillermo, eres
idiota y criminal, porque gastas todo tu
dinero, todo tu tiempo y toda tu salud en
no hacer nada que conduzca al bien gene-
ral.

El que no hace nada, absolutamente na-
da, debe desaparecer, ó merece que le ta-
sen los bienes que derrocha sin ventaja au-
ya ni de los demás. Me dirás que yo soy lo
mismo que tú, que vivo en grande sin tra-
bajar ni producir cosa alguna. Estás equi-
vocado: yo hago algo, no todo lo que debo;
pero con un poquito de acción útil cumpla
la ley, y no soy como tú, materia inerte en
la Humanidad.

Yo gasto parte de las rentas de mi mu-
jer en vivir bien y decorosamente, sin es-
carnecer con un lujo desfachadado a esta
familia española compuesta de pobres en
su gran mayoría. Yo no cultivo mis tierras,
no ejerzo ninguna profesión ni oficio; pero
no puedo decirme de mí que nada produzco.
Yo he producido un hijo, y en criarlo y
educarlo para que sea ilustrado, saludable
y hombre de bien, pongo todo mi espíritu
y empleo casi todas las horas del día.
¿Qué... te ríes? ¿Te parece poco?

No me interrumpas... déjame seguir.
Voy a contar por los dedos... por los dedos
no, pues son pocos para tan larga cuenta...
Voy a recordarte los crímenes de imbecili-
dad que has cometido, para que te horro-
ricos: Cubrir de piedras preciosas el seno
hiperbólico de la Navalcarnzo, que te lo
agradeció diciendo, al mes de romper con-
tigo, que eras un «ñño de la Doctrina Cri-
stiana».

Para pagarle a Samper toda aquella quin-
calla fina, tuviste que hipotecar dos dele-
sas... a dehesa por pecho. Sigó: no fué me-
nor imbecilidad regalarle a «Pepa la Sevi-
llana» una casa de tres pisos en la calle de
Belén. Habrías cumplido con una casa de
muñecas... para jugar a los compromisi-
tos. Imbecilidad de marca mayor, los con-
vites de docientos personas que dabas en
tu finca de Aranjuez, con tren especial, co-
mitonas servidas por Lhardy, y champaña
de la señora viuda de Cliequot a todo pa-
so...

En tus chapzones con la de Cardoña no
podiste deslumbrar a ésta con alardes de
lujo insensato, porque ella es más rica que
tú, como diez veces más rica. Pero de
aquella fecha data tu furor de coches y ca-
ballos, que luego llevaste al delirio en
tiempo de la Villaverdeja, grande apasio-
nada de las cosas hípias y cochileras. El
colmo del idiotismo veo en tu afán de pa-
sar por Madrid trenes lujosos, y la misma
Villaverdeja ó la Belvis de la Jara, no es-
toy bien seguro, te hizo justicia poniéndote
el apodo del «Pastorito»... Te han he-
cho un daño inmenso tus viajes anuales a
París, y el flujo de imitar las opulencias
que has visto en aquella capital. Bien po-
días haberte lucido discretamente en este
coronado villorrio, sin importar las gran-
dezas que allí son proporcionadas y aquí
desmedidas.

Añadiendo a estas locuras el boato de tu
casa, tus almuerzos y cenas, tu protección
a innumerables vagos que, adulándote, te
trastornan, y con astutas socialidades sa-
quean, tenemos, mi querido Guillermo, que
el Bobo de Coria es un sabio comparado
contigo.

Pero el punto en donde llegas a la supre-
ma imbecilidad y al idiotismo más perfecto